



Gabriela Mistral y el Nobel: himno a la poesía universal

Su poesía resonó en un mundo ávido de belleza y verdad, en el fin de la Segunda Guerra Mundial, y con un gran impacto.

Por **Nidia Smith Oñate**
Historiadora y Académica UCSC.

Estocolmo, diciembre de 1945. Era un invierno particularmente hostil, como si el frío llevara en su aliento las heridas abiertas de una Europa que apenas comenzaba a despertar de la pesadilla de la Segunda Guerra Mundial.

Las calles, grises y apagadas, resonaban con el eco del conflicto que había dejado a Suecia al borde de la bancarrota. Sin embargo, la llegada de Gabriela Mistral al país significó algo más que el regreso de la afamada ceremonia del Nobel: era un símbolo de esperanza, recordatorio de que, incluso después del horror, la humanidad podía volver a celebrar la vida, el arte.

Mientras el aroma de mermelada de arándanos y café filtrado regresaba a los hogares, y las cenas con albóndigas reconstruían las rutinas perdidas, la entrega del premio se convertía en una ventana abierta al aire fresco.

Pero para la poeta, aquella noche tenía un sabor agri dulce: apenas dos años antes, había perdido a su sobrino-hijo, Yin Yin, quien se quitó la vida en Brasil a los 17 años. La gloria del Nobel llegaba envuelta en un duelo que nunca la dejó de acompañar.

Era la noche del domingo 9 de diciembre de 1945, bajo una mezcla de lluvia y nieve que acariciaba con melancolía el puerto sueco de Gotemburgo. Gabriela, con su presencia imponente, llegó a bordo de la motonave Ecuador.

Allí la esperaba Beritta Sjöberg, una joven sueca que, como secretaria de la Embajada de Chile, se convertiría en su guía, traductora y cómplice en toda su estada. Luego de esta misión la joven se casaría con un chileno y viviría toda su vida en nuestro país.

Con el imponente Gran Hotel

de Estocolmo como su refugio temporal, Mistral permaneció cerca de un mes en Suecia. Durante su estada, las universidades la buscaban con ansias para escuchar su palabra sabia, embajadores anhelaban estrechar la mano de la primera latinoamericana en conquistar el galardón, y la prensa, fascinada, multiplicaba su cara en las portadas, elevándola al estatus de ícono, literario y cultural.

TODO UN VESTIDO

La mañana de la premiación trajo un contratiempo inesperado que Beritta debió resolver rápido. Gabriela, sin previsión para la magnitud de la ocasión, no tenía un vestido para la ceremonia. Con

Su obra provocó tal atracción que las gramáticas y diccionarios de español se agotaron rápidamente en Suecia.



A raíz del Nobel, la agrupación de obreras de Suecia la proclamó "Reina de la poesía".

calma, pidió uno negro, de terciopelo, con mangas largas y que rozara sus pies. Encontrar una prenda tan específica en una ciudad aún marcada por los vestigios de la guerra parecía un desafío insuperable. Una pequeña boutique ofrecía cinco opciones que cumplían sus deseos. Días después, la misma tienda exhibiría un recorte de periódico con Gabriela recibiendo el galardón, acompañada por una nota orgullosa: "Aquí se vendió el vestido de la Premio No-

bel de Literatura". Ese vestido sería también el que la acompañaría en su despedida de este plano 12 años después en Nueva York.

Su candidatura se había iniciado en 1939, en medio de los primeros ecos de la Segunda Guerra Mundial. Desde Ecuador, un movimiento intelectual comenzó a desplegarse por América Latina, elevando su nombre como un clamor continental por justicia poética.

Finalmente, el 10 de diciembre

de 1945, en el majestuoso Palacio de Conciertos de Estocolmo, recibió el galardón de manos del Rey Gustavo V de Suecia.

Su discurso, marcado por la emoción y autenticidad, resonó en lo profundo de los presentes. Entre los premiados de la jornada se encontraba sir Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina, pero fue Gabriela quien conquistó las ovaciones más apasionadas, consolidándose como la voz del continente americano.